

La Comédiathèque



Pronóstico Reservado

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Pronóstico reservado

Jean-Pierre Martinez

Kevin está en coma profundo tras sufrir un accidente con una bicicleta de BiciMAD.
Sus familiares, con quienes llevaba años sin tener relación, acuden al hospital
para decidir sobre su futuro y evitar que lo mantengan con vida a cualquier precio.
Pero ponerse de acuerdo resulta todavía más difícil cuando descubren
que el paciente no es exactamente quien todos creían
y que guarda un secreto que podría hacerlos ricos...

Personajes:

Álex: hermano o hermana de Kevin
Lucía (o Luis): hermana (o hermano) de Kevin
Jimena: pareja de Kevin
Doctor Malagüero: médico o médica
Alegría: enfermera o enfermero
Sánchez: inspector o inspectora de policía

Cinco o seis intérpretes, hombres o mujeres.

*El personaje de Sánchez puede interpretarlo quien encarne también al doctor
Malagüero, con un maquillaje y vestuario que impidan reconocerlo. En cualquier caso,
es una convención teatral; si el público descubre el truco, contribuirá al efecto cómico.
Los tratamientos y las concordancias se adaptarán a la distribución elegida.*

© La Comédiathèque

Una habitación de hospital. Sobre una cama articulada yace un paciente incorporado, conectado a un gotero y a varios aparatos eléctricos. Tiene la cara cubierta con una sábana. Como su papel es de mera figuración, lo representará un maniquí. Entran el doctor Malagüero (hombre o mujer) y la enfermera Alegría (o enfermero), ambos con bata blanca.

Malagüero – ¡Qué calor hace en los hospitales! Dan ganas de montar una clínica privada solo para tener aire acondicionado.

Alegría – Y luego se extrañan de que proliferen los microbios.

Malagüero – No paran de darnos la tabarra con el déficit de la Seguridad Social. Si dejaran de poner la calefacción en verano en los hospitales públicos, ya ahorraríamos un buen dinero.

Alegría – Y reduciríamos las infecciones hospitalarias, doctor Malagüero.

Malagüero – De hecho, creo que estoy incubando un pequeño estafilococo dorado. O quizá alguna enfermedad tropical. En cambio usted, señorita Alegría, tiene una cara estupenda.

Alegría – Gracias, doctor. Será por el betacaroteno. ¿No estaré demasiado naranja?

Malagüero – En absoluto, conejita. Bueno, ¿qué tenemos hoy?

La enfermera le entrega una historia clínica.

Alegría – Kevin Mariani, cuarenta años. En coma profundo tras un accidente con una bicicleta de BiciMAD.

El médico echa un vistazo al expediente.

Malagüero – El casco debería ser obligatorio para ir en bicicleta.

Alegría – En este caso, la víctima llevaba casco. Por desgracia, no fue suficiente. Se empotró de frente contra un autobús.

La enfermera levanta la sábana y vemos que el paciente lleva un casco integral.

Malagüero – Pero aquí ya no corre ningún peligro, salvo caerse de la cama. ¿Por qué no le han quitado el casco?

Alegría – Está todo tan destrozado por dentro... No nos hemos atrevido a quitárselo por miedo a que se le desparramara el cerebro por la almohada.

Malagüero – Deduzco que no es muy probable que despierte pronto...

Alegría – Parada respiratoria que, seguramente, dejó al cerebro sin oxígeno.

El médico vuelve a mirar el expediente.

Malagüero – Ya veo... Electroencefalograma plano. Aparente muerte cerebral. ¿No sería mejor acabar ya con su sufrimiento?

Alegría – La verdad es que liberaríamos una cama, pero...

Malagüero – Tiene razón. Será mejor consultar antes con la familia. ¿Los han avisado?

Alegría – Sí, no tardarán en llegar.

Malagüero – Perfecto.

Alegría – ¿Alguna otra indicación para este paciente, doctor?

Malagüero – Déjeme pensar... Procure que la visera del casco esté bien cerrada, no vaya a entrarle alguna mosca.

Alegría – No tiene usted precio, doctor Malagüero...

Malagüero – ¡Exactamente, no tengo precio! Por eso pienso pasarme muy pronto a la sanidad a dos velocidades, querida. La pública ya no puede pagar mi talento como se merece... ¿Querría venir conmigo a mi nueva clínica? Necesitaré una buena jefa de enfermería.

Alegría – Lo seguiría hasta el fin del mundo, doctor Malagüero... Incluso hasta un dispensario gratuito en el último rincón de África. Así que imagínese en una clínica con aire acondicionado en La Moraleja.

Malagüero – Presiento que haremos grandes cosas juntos, señorita Alegría... Solo me falta encontrar unos cuantos benefactores que aporten el capital necesario para mi proyecto.

Alegría – A lo mejor tengo una idea...

Malagüero – ¿De veras? Es usted maravillosa, señorita Alegría.

Vuelve a cubrir el casco integral con la sábana.

Malagüero – ¿Y por qué le tapa la cabeza con esa sábana? Antes he pensado que ya estaba muerto...

Alegría – A veces abre los ojos. Será un reflejo nervioso. Así lo protegemos de la luz...

Malagüero – Es verdad que esos fluorescentes son muy agresivos... En nuestra clínica pondré una iluminación ambiental. Mucho más agradable.

Alegría – Sobre todo para esos pobres pacientes que están en las últimas.

Malagüero – No se preocupe: mi clínica solo admitirá a pacientes solventes y en perfecto estado de salud. Creo que voy a dedicarme a la cirugía estética...

Alegría – Los ricos también tienen derecho a que les arreglen sus pequeños defectos... Yo misma sé que no soy perfecta. ¿Qué le parece mi pecho, doctor?

Empiezan a salir.

Malagüero – Me parece estupendo, señorita Alegría. Estupendo. Aunque, si le parece, luego podré examinarlo más de cerca, ¿de acuerdo? ¿Siguiente paciente?

Alegría – Un hombre sin hogar al que el SAMUR encontró anoche en la calle, en coma etílico. Tampoco parece que vaya a despertarse pronto.

Malagüero – Con este calor no conviene dejarlo aquí mucho tiempo o empezará a oler... ¿No quedará un huequecito en el congelador de la cocina? Por lo menos estaría fresquito...

Alegría – ¡Me va usted a matar de risa, doctor! Con usted es imposible aburrirse...

Malagüero – Con nuestro trabajo hay que tomarse las cosas con humor...

Salen de la habitación.

Poco después entra Álex, un hombre (o una mujer) de aspecto moderno y acomodado, con el móvil pegado a la oreja.

Álex – Escucha, todavía no sé nada. Acabo de llegar al hospital, pero primero me he equivocado de habitación. He acabado junto a un pobre hombre con hipotermia que olía fatal. Ahora sí, ya estoy delante de él...

Ve al paciente en la cama.

Álex – Y este tampoco tiene muy buena pinta, la verdad... Está lleno de cables y tubos. Parece una subestación eléctrica. Aunque aún no estoy del todo seguro de que sea él. Tiene la cara tapada con una sábana... Sí, tienes razón, eso nunca es buena señal... En fin, el médico está a punto de pasar; entonces sabré algo más...

Entra Lucía, vestida de forma muy elegante y conservadora.

Álex – Perdona, tengo que dejarte. Acaba de llegar mi hermana. Vale, te llamo cuando sepa algo, pero no me esperes para comer... Yo también te quiero...

Guarda el móvil y saluda a su hermana con dos besos.

Lucía – Hola, Álex.

Álex – Hola, Lucía.

Ella ve al paciente, tapado con una sábana.

Lucía – ¡Dios mío! No me digas que he llegado demasiado tarde... ¿Ha muerto?

Álex – Si estuviera muerto, supongo que habrían desconectado todo eso.

Lucía – ¿Estás seguro de que es él? Yo también me he equivocado de habitación...

Álex – ¿Tú también? Es que, entre la habitación 13 y la 13 bis...

Lucía – Esperemos que al menos le traiga suerte...

Álex – ¿El qué?

Lucía – ¡El número trece!

Álex mira la hoja clínica colgada a los pies de la cama.

Álex – Kevin Mariani. Sí, es él.

Lucía – Podríamos quitarle esa sábana de la cabeza, ¿no?

Álex – La verdad es que parece un sudario, pero... No sé si...

Lucía – Tienes razón. Mejor no tocar nada hasta que llegue la policía.

Álex – Querrás decir el médico...

Lucía – Me lo he cruzado en el pasillo. Ha dicho que venía enseguida.

Álex – Qué historia... Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él... Volver a verlo así... En este estado... ¿Y tú qué tal estás?

Lucía – Bien, bien... No me quejo.

Silencio incómodo.

Álex – ¿Sigues viviendo en Pozuelo del Rey?

Lucía – Yo nunca he vivido en Pozuelo del Rey.

Álex – ¿Ah, no?

Lucía – En Pozuelo de Alarcón.

Álex – Ah, sí, claro...

Otro silencio incómodo.

Lucía – ¿Y tú, sigues en publicidad?

Álex – Trabajo en finanzas.

Lucía – Ah, sí, es verdad...

Álex – ¿Y sabías algo de Kevin?

Lucía – No más que tú... La última vez que lo vi fue en el entierro de papá. Al que tú no viniste, si mal no recuerdo.

Álex – Un imprevisto de última hora. Aunque hay que admitir que en esta familia nunca hemos destacado precisamente por nuestro espíritu familiar.

Lucía – Qué desgracia... Desde luego, nunca ha tenido suerte.

Álex – No... Pobre Kevin... Ya con el nombre que le pusieron...

Lucía – ¿Qué le pasa a su nombre?

Álex – ¿Nunca te ha parecido raro que se llame Kevin?

Lucía – Hay muchos Kevin por ahí.

Álex – Pero no en nuestro ambiente. Y mucho menos de su edad.

Lucía – Es verdad... Y que yo recuerde, no tenemos ningún abuelo ni ningún tío llamado Kevin.

Álex – No sé... A lo mejor lo adoptaron...

Lucía – Eso explicaría bastantes cosas...

Álex – Siempre fue el patito feo de la familia...

Lucía – Sí... No se parece mucho a nosotros, que digamos.

Álex – Tiene un aire asiático, ¿no?

Lucía – ¿Asiático? ¿Tú crees?

Álex – Muy leve, eso sí.

Lucía – ¿Crees que lo adoptaron y le dejaron su nombre original?

Álex – Aunque chinos que se llamen Kevin...

Lucía – Ya...

Álex – Lo bueno de que no fuéramos hermanos de verdad es que, si necesitara un riñón, no seríamos compatibles...

Lucía – Eso sí...

Álex – Ah, mira... Aquí viene el médico... *(En voz baja)* Y con ese apellido, me extrañaría mucho que trajera buenas noticias...

Entran el médico y la enfermera.

Malagüero – Doctor Malagüero. Y esta es mi enfermera, la señorita Alegría.

Lucía – Buenos días, doctor.

Álex – Señorita...

Lucía – Hemos venido en cuanto nos han llamado del hospital.

Malagüero – Son ustedes sus hermanos, ¿verdad?

Álex – Sí, bueno...

Malagüero – Siento muchísimo lo de su hermano.

Lucía – ¿Tan grave está?

Malagüero – No voy a ocultarles que su estado es sumamente preocupante y que su vida corre peligro.

Lucía – ¿Cree que todavía hay esperanza?

Malagüero – El señor Mariani ha sufrido un traumatismo craneal muy grave. Por desgracia, el cráneo está seriamente dañado. Se encuentra en coma profundo y lo mantenemos con vida mediante soporte artificial. Vamos a seguir haciéndole pruebas, pero mucho me temo que pueda encontrarse ya en situación de muerte cerebral.

Álex – Vamos, que es un vegetal...

Malagüero – He estudiado medicina durante catorce años. Tenía que darles una explicación con un poco de jerga médica para justificar mi sueldo astronómico. Pero sí, podemos resumirlo así.

Lucía – Entonces, ¿no hay ninguna posibilidad de que despierte?

Malagüero toma la radiografía que le entrega Alegría y se la muestra.

Malagüero – Esta es una radiografía del cráneo del señor Mariani. Como pueden ver, presenta numerosas lesiones y múltiples fracturas.

Álex y Lucía fingen examinarla y entender lo que están viendo.

Lucía – Ah, sí, desde luego, tiene muy mala pinta.

Álex – Aunque el cráneo parece estar intacto... La curva es perfecta...

Malagüero – No, eso no es el cráneo. Es el casco.

Lucía – ¿Su casco?

Alegría – Tiene el cráneo tan destrozado que hemos preferido dejarle puesto el casco, de momento, para mantener el cerebro en su sitio.

Malagüero – Lo que quede de él...

Álex – ¿Quiere decir que sin eso...?

Malagüero – Imaginen un montón de espaguetis en un colador agrietado, todo ello dentro de una cazuela. Nos ha parecido más prudente dejar la cazuela debajo del colador para impedir que los espaguetis acaben en el fregadero.

Álex – Ah, ahora sí que lo entiendo mucho mejor...

Malagüero – Lamento tener que hacerles esta pregunta tan bruscamente, pero... ¿Saben si el señor Mariani había expresado alguna voluntad respecto a lo que habría que hacer si algún día, como sucede ahora, tuviera que mantenerse con vida artificialmente?

Lucía – No sé... Nunca tuvimos ocasión de hablar de eso... Es que no nos veíamos muy a menudo... *(A Álex)* ¿A ti te comentó algo?

Álex – No... La última vez que lo vi fue en tu boda. No creo que fueran las circunstancias más propicias para sacar ese tema. Aunque, cuando empezó a sonar «El baile de los pajaritos», ¿quién puede asegurar que no pensó ni un instante en el suicidio asistido...?

Malagüero – No quiero meterles prisa, por supuesto. Pero tendrán que ir pensando qué hacer con su hermano.

Alegría – Y, llegado el caso, también habrá que tomar una decisión sobre una posible donación de órganos.

Álex – ¿Donar órganos? ¡No, pero...! Mire, doctor, tenemos motivos para creer que Kevin es nuestro hermano adoptivo... Así que es muy probable que no seamos compatibles como donantes...

Alegría – Creo que el doctor se refería a donar los órganos de Kevin...

Álex – ¿Los órganos de...? Ah, claro... Naturalmente... Y, personalmente, estoy totalmente a favor. Si con eso se puede salvar una vida...

Malagüero – En cualquier caso, también tendremos que conocer la opinión de la señora Mariani. Nos ha llamado hace un momento y debe de estar al llegar.

Lucía – ¿La señora Mariani...?

Alegría – Su esposa. La cuñada de ustedes.

Álex – Por supuesto...

Malagüero – Los dejo con su hermano... Pueden hablarle, claro, aunque no les garantizo que esté en condiciones de oírlos...

Álex – Gracias, doctor.

Malagüero – Quedo a su disposición... Si necesitan algo, también pueden llamar al timbre. Vendrá una enfermera... O un sacerdote, si hace falta...

Salen el médico y la enfermera. Álex y Lucía miran al paciente.

Lucía – ¿Tú sabías que se había casado?

Álex – No...

Lucía – Al menos podía habernos mandado una invitación. No sé si habría ido a su boda, pero... Es lo que se hace, ¿no?

Álex – Qué curioso. No me lo imagino casado.

Lucía – Ya... Tengo curiosidad por ver qué pinta tiene su mujer...

Álex – Según el médico, enseguida lo sabremos...

Entra Jimena, presunta esposa de Kevin. Puede interpretar el papel una mujer de aspecto poco femenino o un hombre vestido de mujer.

Jimena – ¡Dios mío! ¡Kevin! (*Álex y Lucía intercambian una mirada de extrañeza*) No me digan que he llegado demasiado tarde...

Álex – Tranquila, sigue vivo. Bueno, por decirlo de algún modo...

Jimena – Jimena. Soy la pareja de Kevin. Pero ¿quiénes son ustedes?

Álex – Su hermano...

Lucía – Y yo, su hermana...

Jimena – Qué raro... Nunca me habló de ustedes...

Álex – A nosotros tampoco nos dijo que se hubiera casado...

Jimena – Siempre fue muy reservado. Bueno, quiero decir... Sigue siendo muy reservado.

Álex – Desde luego, en el estado en que está, más reservado no puede ser...

Jimena – ¿Les ha dicho el médico si todavía hay alguna esperanza?

Lucía – La verdad es que no nos ha tranquilizado mucho... Créame, estamos tan consternados como usted... ¿Tenían hijos?

Jimena – Todavía no, por desgracia... Por lo menos me habría quedado algo de él...

Lucía – Claro.

Jimena – Pero intentarán curarlo, ¿no?

Álex – Creo que nos han llamado sobre todo para saber si estamos de acuerdo en poner fin a su sufrimiento...

Jimena – ¿Poner fin a su sufrimiento?

Lucía – Kevin está en coma profundo a consecuencia del accidente.

Jimena – ¿Qué accidente? Pero ¿qué ha pasado exactamente?

Álex – Pues es verdad... ¿Qué le ha ocurrido, por cierto?

Lucía – Nos hemos olvidado de preguntarlo...

Álex – Tal vez un accidente de tráfico.

Jimena – Kevin no tenía carné de conducir.

Álex – En cualquier caso, me parece que el doctor Malagüero solo está esperando que le demos permiso para desconectarlo...

Jimena – ¿Desconectarlo? ¡Hablan de él como si fuera una tostadora! ¡Es su hermano!

Lucía – Para ser sincera, llevábamos años sin vernos...

Álex – Hasta me pregunto por qué nos han hecho venir.

Lucía – Es verdad que, aparte de usted, somos su única familia, pero tomar una decisión así...

Álex – Yo no soy creyente y no tengo nada contra la eutanasia. Lo que no me gusta es la palabra. Sobre todo, cómo termina.

Jimena – ¿El final de la palabra?

Álex – ¡Euta-nazi-a!

Lucía – Es verdad que los nazis no dejaron precisamente un buen recuerdo de la eutanasia...

Álex – Y eso perjudica muchísimo la imagen de una práctica que, en casos como este, podría ser tan útil.

Lucía – Quizá sería mejor que la decisión la tomara usted. Al fin y al cabo, lo conocía mucho mejor que nosotros...

Jimena rompe a sollozar de una forma bastante poco convincente.

Jimena – No, no estoy preparada para... desconectarlo, como ustedes dicen... Al menos, de momento...

Lucía – Respetamos plenamente su decisión, créame. ¿Verdad, Álex?

Álex – Naturalmente... *(Mira el reloj)* Por cierto, yo voy a tener que marcharme pronto... Ya que de momento no podemos hacer nada...

Lucía – Yo también... Tengo una cena esta noche y...

Álex – Además, tal como está, no creo que nuestra presencia cambie mucho las cosas...

Jimena – Yo me quedaré a su lado, si no les importa...

Lucía – Por supuesto... Después de todo, es usted su mujer...

Álex y Lucía se disponen a escabullirse, pero vuelve la enfermera.

Alegría – Ah, usted debe de ser la señora Mariani, ¿verdad?

Jimena – Sí... ¿Podría darme algunos detalles sobre el estado de Kevin?

Alegría – Estamos esperando los últimos resultados, pero debo decirle que no somos muy optimistas.

Jimena – ¿Está empeorando?

Alegría – No, tampoco diría eso. Digamos que su estado es estable.

Jimena – Entonces, quizá todavía haya esperanza.

Alegría – Por desgracia, señora, en este caso que su estado sea estable no es precisamente una buena noticia.

Álex – Una lechuga también puede mantenerse estable.

Alegría – El señor Mariani se encuentra, efectivamente, en estado vegetativo. Y me temo que las probabilidades de que salga de él son mínimas.

Jimena – ¿Está segura?

Alegría – Por desgracia, creo que deberían empezar a plantearse qué sería lo mejor para él.

Lucía – ¿Cree que sufre?

Alegría – Es difícil saberlo, pero... tendrán que reconocer que seguir vivo así... no es vida.

Lucía – La enfermera tiene razón, Jimena. Comprendo su dolor, pero no podemos dejarlo así...

Alegría – Llega un momento en que hay que empezar el duelo. Perder a un ser querido es una prueba que Dios nos pone, por supuesto. Pero, llegado el momento, mejor no retrasar lo inevitable y afrontar los hechos. Hay montones de trámites que resolver. Y también está la herencia, claro. Más vale no dejar todo eso pendiente sin necesidad.

Álex – ¿La herencia?

Lucía – Es verdad, la herencia... Se nos había olvidado...

Álex – ¿Y quiénes son los herederos?

Alegría – Pues, en primer lugar... (*A Jimena*) Usted es su mujer, ¿no?

Jimena – Sí, bueno...

Alegría – Si su marido falleciera, heredaría usted, naturalmente... De hecho, como esposa del paciente, tendría que firmarme algunos documentos ahora mismo...

Jimena – Es que... En realidad, aún no nos habíamos casado...

Alegría – Ah... ¿Y tampoco tenían hijos?

Jimena – No...

Alegría – En ese caso, heredarán sus hermanos... Pero imagino que ahora mismo no es lo que más les preocupa...

Álex – (*Pensativo*) No, claro...

Alegría – Los dejo para que lo mediten en familia...

La enfermera se marcha.

Jimena – Creo que necesito refrescarme un poco...

Jimena entra en el cuarto de baño.

Álex – Así que nosotros seríamos los herederos...

Lucía – Si no está casado, somos su única familia...

Álex – Es increíble...

Lucía – Ya...

Álex – ¿Tú crees que tenía mucho dinero?

Lucía – Lo dudo, pero... Quién sabe. Llevábamos años sin verlo...

Álex – Ni siquiera sé a qué se dedicaba Kevin.

Lucía – No sé por qué, pero me lo imagino en el paro. ¿Tú no?

Álex – Sí... Y hasta con la prestación agotada, ¿no?

Lucía – Desde luego, no creo que tuviera que declarar grandes patrimonios.

Álex – Habría que preguntárselo a su mujer... Bueno, a Jimena... Ella lo sabrá...

Vuelve Jimena.

Lucía – ¿Se encuentra mejor?

Jimena parece buscar algo.

Jimena – Sí... ¿Saben dónde han guardado sus cosas?

Lucía – ¿Sus cosas?

Jimena – ¿No llevaba una maleta cuando llegó aquí?

Álex – Si lo ingresaron por un accidente, no creo que le diera tiempo a hacer la maleta...

Lucía – Como cuando te pones de parto...

Álex – ¿Y para qué quiere saber si tenía una maleta? Dudo que ahora mismo la necesite...

Jimena – No, claro... Perdónenme. Son los nervios...

Álex – Bueno, ya que vivía con él... ¿podría contarnos un poco cómo le iba? Quiero decir, hace mucho que no lo veíamos...

Lucía – Sí, ¿qué tal le marchaban las cosas?

Jimena – ¿Qué cosas?

Lucía – El trabajo... ¿Tenía alguna profesión?

Jimena – (*Distraída*) ¿Trabajo? ¿Kevin?

Álex – Lo que yo decía...

Jimena – De todas formas, voy a preguntar a la enfermera si han dejado su maleta en algún sitio...

Sale.

Álex – Está bastante alterada, ¿no?

Lucía – No es para menos.

Álex – En fin, parece que no había hecho fortuna... Así que de herencia...

Lucía – Puede que no hiciera fortuna, pero hace tres años, cuando murió mamá, cobró su parte de la herencia de nuestros padres.

Álex – ¡Joder, es verdad! Tienes razón...

Lucía – Podríamos recuperar ese dinero... Quiero decir, es lógico que vuelva a nosotros. Después de todo, ¿por qué iba a salir de la familia?

Álex – Sobre todo si Kevin ni siquiera era de la familia. A lo mejor lo adoptaron en China. O en el barrio de Usera.

Lucía – La verdad es que ahora me vendría muy bien un dinero extra. Acabamos de comprar una casa en Andalucía, al lado de la de un magnate de la televisión.

Álex – ¿En serio? Andalucía es preciosa.

Lucía – El problema es que hay que hacer bastantes obras antes de que se parezca a la casa del magnate. Ahora mismo parece más bien un cortijo en ruinas...

Álex – Está claro que ahora mismo es un vegetal...

Lucía – Sería un gesto de compasión, en el fondo.

Se quedan pensativos un momento.

Álex – ¿Y si ya se ha pulido toda la herencia?

Lucía – ¿Tú crees?

Álex – Estamos hablando de Kevin...

Vuelve Jimena.

Jimena – No, por lo visto no tenía ninguna maleta...

Lucía – Pero, por lo demás, ¿le iba bien? Al menos no tenía problemas económicos, ¿verdad?

Jimena – ¿Problemas económicos?

Álex – Tengo entendido que recibió hace poco una pequeña herencia. Espero que la administrara como un buen padre de familia...

Jimena – ¿Padre de familia? ¡Si ya les he dicho que no teníamos hijos!

Lucía – Ah, sí, es verdad...

Regresa la enfermera.

Alegría – Bueno, ¿han podido hablar en familia sobre lo que sería mejor para los últimos días de su ser querido?

Álex – Verá, es que...

Lucía – Aún no hemos tomado una decisión.

Álex – Y no todos estamos necesariamente de acuerdo...

Lucía – La señora todavía no está preparada para que...

Jimena sigue buscando algo.

Jimena – Entonces, ¿estamos seguros de que no llevaba ninguna maleta cuando llegó aquí?

Mira debajo de la cama.

Alegría – En cualquier caso, como el señor Mariani no estaba casado, corresponde a sus hermanos decidir lo que es mejor para él.

Álex – Lo cierto es que... querríamos disponer de algunos datos más.

Alegría – Sobre su estado de salud, supongo. Pues, como ya les decía...

Álex – Nos interesaba también la cuestión económica.

Alegría – No se preocupen por eso. El hospital no va a cobrarles por la eutanasia: lo consideraremos un acto de caridad cristiana absolutamente desinteresado. Ahora bien, si desean hacer una donación, el doctor Malagüero está pensando en crear una fundación en La Moraleja para...

Lucía – Nos referíamos más bien a la herencia...

Alegría – Ah, la herencia... Entiendo. Y es muy natural.

Álex – ¿Sabe si el señor Mariani andaba bien de dinero?

Alegría – Por lo menos tenía suficiente para pagar el alquiler de una bicicleta... Aunque será mejor que se lo pregunten a su última pareja...

Jimena – (*Distraída*) ¿Perdón?

Alegría – Eso sí, deben saber que, si aceptan la herencia de su hermano, también se hacen cargo de sus posibles deudas. Por ejemplo, los gastos hospitalarios pendientes...

Lucía – ¿En serio?

Álex y Lucía contemplan al enfermo y todos los aparatos médicos que lo rodean.

Álex – Estos cuidados intensivos deben costar un dineral, ¿no?

Alegría – Ya lo creo. Una fortuna. En teoría, la sanidad pública cubre buena parte, pero siempre hay tratamientos extraordinarios, gastos y trámites que...

Lucía – ¿Y Kevin tenía algún seguro privado que cubriera esas cosas?

Alegría – Tendría que consultarlo con administración... Aunque, en caso de duda, siempre pueden renunciar a la herencia en beneficio de la fundación del doctor Malagüero...

Álex – Ah, claro, naturalmente...

Alegría – En cuanto a mantenerlo con vida, les aconsejo sopesar bien los pros y los contras... Porque si sigue años en coma, la factura solo aumentará...

Lucía – Entonces quizá deberíamos plantearnos poner fin cuanto antes a su sufrimiento. ¿Tú qué opinas, Álex?

Alegría – Los dejo que lo piensen otro poco...

Sale.

Lucía – (*A Jimena*) ¿Qué opina usted?

Jimena – Aún existe alguna pequeña posibilidad de que salga del coma, ¿no?

Álex – Al fin y al cabo, si renunciamos a la herencia, tanto da que viva como que no...

Lucía – Sí, tampoco vamos a precipitar el desenlace. No sería muy cristiano...

Álex – Tendré que preguntárselo a mi abogado, pero me parece que, aunque renunciemos a la herencia, ciertos gastos médicos pueden seguir siendo responsabilidad de la familia. Lo llaman obligación de asistencia.

Lucía – ¿Obligación de asistencia? ¡Pero si apenas conocemos a Kevin!

Álex se acerca al paciente.

Álex – ¿Usted cree que nos oye?

Jimena – Vaya usted a saber...

Lucía – ¿Y qué opina de donar sus órganos?

Álex – ¿Donar sus órganos?

Lucía – ¿Qué pasa? ¿Quieres venderlos?

Álex – No sé... ¿Cuánto podrían darnos?

Lucía – A lo mejor alcanzaba para pagar el hospital... Es broma. Son los nervios.

Álex – ¿Estás segura de que no nos oye?

Lucía – (A Jimena) ¿Sabe qué pensaba él sobre la donación de órganos?

Jimena – No...

Momento de vacilación.

Lucía – (A Jimena) Oiga, ¿y no le gustaría casarse con Kevin antes de que lo desconecten?

Álex – Y antes de que le extraigan los órganos, claro.

Lucía – Así podría llevar su apellido. Sería un bonito recuerdo.

Álex – Ya que no han tenido hijos.

Lucía – Sí, creo que tampoco sería razonable llegar a una inseminación después de muerto.

Álex – Aunque no sé si uno puede casarse con alguien que está en coma... Otra pregunta para mi abogado...

Jimena – Ya, claro... Los estoy viendo venir... Antes yo no era de la familia, y ahora quieren que me case con él para que tenga que pagar la factura del hospital...

Lucía – Mujer, no lo vea así...

Vuelve Alegría.

Alegría – Bueno, ¿qué tal todo? Quiero decir... Dentro de las circunstancias. ¿Les han ofrecido un café? ¿Un bollo?

Lucía – Lo que necesitaríamos es que nos aconsejara...

Alegría – Por favor, faltaría más. Estamos aquí para ayudarlos.

Álex – Es por el seguro médico de Kevin.

Alegría – Ah, sí... Precisamente lo he consultado con administración y me temo que por ese lado tampoco hay buenas noticias...

Lucía – ¿De verdad?

Alegría – Por desgracia, su hermano no tenía seguro privado. Y, sin querer alarmarlos, administración aún no ha podido confirmar la cobertura de ciertos gastos extraordinarios. Pero no quisiera preocuparlos con eso ahora...

Lucía – No se preocupe, ya estamos bastante inquietos...

Alegría – Lo comprendo... Ver a un hermano... o a una pareja en ese estado... Sé lo duro que resulta.

Jimena – Pero ¿cree que todavía existe alguna posibilidad de que vuelva a hablar?

Alegría – ¿Hablar? ¡Dios mío! Un milagro siempre es posible. Pero, para los milagros, me temo que tendrán que dirigirse a instancias más altas. Son menos fiables que la eutanasia, pero, a diferencia de los cuidados intensivos, la Iglesia los financia al cien por cien...

Lucía – Gracias por sus palabras tan reconfortantes...

Alegría – Ah, se me olvidaba: acaba de presentarse un policía en recepción.

Jimena – ¿Un policía?

Alegría – Le he dicho que el paciente no está en condiciones de responder a sus preguntas, pero quiere hablar con la familia. Le he dicho que suba... En cualquier caso, si cambian de opinión sobre el café y la bollería, no duden en llamar al servicio de habitaciones...

Alegría se marcha.

Álex – ¿Un policía? ¿Para qué viene un policía?

Lucía – Supongo que investigan cómo se produjo el accidente. Es lo normal...

Álex – Es verdad. Todavía no sabemos cómo ocurrió.

Lucía – La enfermera ha mencionado una bicicleta de BiciMAD...

Álex – ¿Así que usted tampoco sabe cómo fue?

Jimena – Es que... Bueno, no, no exactamente.

Lucía – Seguro que el policía nos aclara algo.

Álex – *(Al ver el nerviosismo de Jimena)* ¿No quiere saberlo?

Jimena – Escuchen, ahora no tengo tiempo de explicárselo, pero, por favor, no le hablen de mí a la policía, ¿de acuerdo?

Álex – ¿Y por qué?

Jimena – Yo... Yo no soy la mujer de Kevin... Es decir, tampoco era exactamente su pareja.

Lucía – Ah, ¿no? Pues ¿quién es usted?

Jimena – Digamos que... teníamos negocios en común.

Álex – ¿Negocios? ¿Qué clase de negocios?

Lucía – De los que es mejor que la policía no se entere, por lo visto...

Llaman a la puerta.

Jimena – Luego se lo cuento. Voy a esconderme en el baño hasta que se marche el policía.

Entra el inspector Sánchez (hombre o mujer).

Sánchez – Inspector Sánchez. ¡Qué calor hace aquí! ¿No les parece? Ustedes serán la familia...

Álex – Su hermano y su hermana, sí.

Sánchez – Estoy investigando el asunto en el que está implicado su hermano.

Lucía – ¿El asunto? Ha sido un accidente de bicicleta, ¿no? Tampoco es el hundimiento del Titanic...

Sánchez – En realidad es algo más complicado...

Álex – ¿Ah, sí?

Sánchez – Pensaba que ya lo sabían... Su hermano está en coma a raíz de un atraco.

Lucía – ¿Un atraco?

Sánchez – A la sucursal de una Caja Rural que había cerca de su casa.

Álex – Ya veo. Kevin siempre tuvo un gran espíritu cooperativo.

Lucía – Sobre todo cuando se trataba de sacarnos dinero.

Álex – Pasaba por allí en bicicleta y le alcanzó una bala perdida, ¿es eso?

Lucía – En el fondo, no me extrañaría nada.

Álex – Nuestro hermano nunca ha tenido suerte...

Sánchez – No ocurrió exactamente así... Su hermano estuvo implicado en el atraco, sí, pero... era él quien estaba atracando la sucursal.

Los dos hermanos se quedan estupefactos.

Lucía – ¿Kevin? ¿Atracó la Caja Rural?

Sánchez – Sí. Bueno, con alguien más.

Álex – Un atraco... No pega nada con él...

Lucía – ¿Un atraco en BiciMAD? ¿Y con un casco integral?

Álex – Ah, bueno, visto así, ya me cuadra un poco más...

Sánchez – ¿Sabían algo de sus actividades ilícitas?

Lucía – Llevábamos años sin verlo...

Álex – Y encima en BiciMAD... Eso tendría que ser un atenuante, ¿no? En el fondo, Kevin ha inventado el atraco ecológico...

Lucía – Entonces, ¿no fue un accidente de tráfico?

Sánchez – Sí y no... Su hermano chocó de frente con un autobús después de una persecución policial por las calles de Madrid.

Álex – ¿Una persecución? ¡Pero si iba en bicicleta! ¿Y los policías? ¿En patinete?

Sánchez – Esto no es ninguna broma, señor Mariani. Estamos hablando de un atraco a mano armada.

Lucía – Somos plenamente conscientes, inspector. Y le recuerdo que nuestro hermano está entre la vida y la muerte...

Sánchez – Lo siento mucho, créanme... Sobre todo porque, sin el accidente, habría podido decirnos el nombre de la mujer que lo ayudó...

Álex – ¿Una mujer? Entonces tenía una cómplice...

Sánchez les muestra una hoja.

Sánchez – Este es su retrato robot. ¿Les suena la cara?

Álex – Por desgracia, no llevo encima las gafas de cerca... (*Finge que no ve bien*) Ya sabe lo que pasa cuando uno empieza a tener presbicia...

Sánchez – (*A Lucía*) ¿Y usted?

Lucía – ¿Yo? Pues mire, tengo una memoria terrible para las caras... Confundo a todo el mundo. Si me llevaran a un club de intercambio de parejas, sería capaz de acabar acostándome con mi marido por no reconocerlo...

Sánchez – Ya veo...

Álex – Qué suerte tiene usted...

Sánchez – He hablado hace un rato con el médico... Según él, es poco probable que el sospechoso salga del coma en un futuro próximo.

Álex – Si despierta, le espera la cárcel... No creo que eso lo anime mucho a resucitar.

Lucía – ¿A qué condena se enfrenta exactamente?

Sánchez – Si nos diera el nombre de su cómplice y devolviera el botín, los jueces podrían mostrarse más indulgentes...

Álex – ¿Cuánto?

Sánchez – El arma era de mentira, pero sobre el papel la pena es la misma. En teoría, podrían caerle veinte años.

Álex – No, me refería al botín... ¿Cuánto?

Sánchez – Tres millones.

Álex – ¿Tres millones de euros?

Lucía – Pues sí que...

Álex – Y yo que creía que Kevin no tenía ninguna ambición... Casi empieza a subir en mi estima...

Lucía – ¿Y dice que no han recuperado esos tres millones de euros?

Sánchez – Varios testigos han confirmado que su hermano llevaba el maletín después del atraco... Pero cuando lo encontramos tras el accidente, el maletín había desaparecido...

Álex – ¿Cómo fue exactamente?

Sánchez – Después del atraco, los dos cómplices huyeron por separado para despistarnos. A ella le perdimos la pista. A su hermano acabamos localizándolo cerca de la estación de Atocha.

Lucía – ¿Localizándolo? ¿Cómo?

Sánchez – Un tipo en una bicicleta de BiciMAD con un casco integral llama bastante la atención...

Álex – Por lo visto no tanta como para que el conductor del autobús lo viera...

Sánchez – En cualquier caso, antes del accidente tuvo tiempo de deshacerse del maletín.

Lucía – El maletín...

Sánchez – ¿Saben algo sobre ese maletín?

Lucía – No, no, nada...

Sánchez – Como sea, sepan que sobre su hermano pesa una orden de detención. En teoría tendría que quedarme aquí de guardia por si se despierta, pero...

Álex – Tal como está, no parece que vaya a escaparse...

Sánchez – Y, para qué engañarlos, odio los hospitales... Me deprimen.

Álex – Ya... Además, dicen que están llenos de microbios resistentes a todos los antibióticos.

Lucía – Ya conoce el dicho: en el hospital, sabes cuándo entras, pero nunca si saldrás vivo.

Álex – Incluso cuando solo vas a visitar a un enfermo... O a una mujer que acaba de dar a luz. Yo, por eso mismo, me negué a estar presente en el nacimiento de mis tres hijos.

Sánchez – ¿De verdad?

Lucía – Desde luego, en materia de virus y bacterias, los hospitales son auténticos caldos de cultivo.

Álex – El servicio de enfermedades tropicales está aquí al lado. El doctor Malagüero me contaba que la semana pasada tuvieron hasta un caso de malaria.

Lucía – ¿No dijo que era ébola?

Álex – Ah, sí, puede ser...

Sánchez – ¿Les ha dicho eso?

Lucía – Entre nosotros, pero creo que deberían haber puesto ya este hospital en cuarentena. Dicen que las enfermeras caen como moscas...

Sánchez empieza a tener prisa por marcharse.

Sánchez – Bueno, en ese caso los dejo... Volveré de vez en cuando para preguntar cómo sigue...

Álex – Gracias por su preocupación, inspector.

Álex le tiende una mano que Sánchez no puede evitar estrechar.

Sánchez – ¿Les importa que me lave las manos antes de irme?

Lucía – ¿Dónde?

Sánchez – ¡En el cuarto de baño!

Los dos hermanos se quedan consternados.

Álex – Verá, es que...

Sánchez – ¿Pasa algo?

Lucía – No, no, nada en absoluto...

Sánchez entra en el baño. Los hermanos intercambian una mirada inquieta.

Álex – Diremos que nos amenazó con matarnos si hablábamos de ella...

Lucía – ¿Con una pistola de juguete?

Álex – ¡Nosotros no teníamos por qué saberlo!

Regresa Sánchez.

Sánchez – Desde que he entrado aquí, tengo un calor tremendo. Espero no haber pillado ya ninguna porquería... En fin, me avisarán si su hermano despierta, ¿verdad?

Lucía – Por supuesto, inspector...

Sánchez se va.

Lucía – ¿Cómo lo habrá hecho?

Álex – A lo mejor se ha escondido detrás de la cortina de la ducha. Eso lo he visto en una película de terror...

Lucía – En cualquier caso, creo que de la herencia podemos olvidarnos.

Álex – Si Kevin había llegado al extremo de atracar una Caja Rural en una bicicleta de BiciMAD, es que las cosas no le debían de ir muy bien.

Lucía – Aunque queda el botín del atraco...

Álex – Ah, sí... El maletín...

Lucía – Ahora entiendo por qué Jimena no quiere desconectar a Kevin hasta que le diga dónde ha escondido el dinero...

Álex – Y por qué estaba tan empeñada en averiguar si Kevin tenía equipaje cuando llegó aquí...

Vuelve Jimena.

Jimena – Menos mal que el baño comunica con la habitación de al lado.

Álex – ¿Y el paciente de al lado no se ha sorprendido de verla?

Jimena – También está en coma...

Lucía – Ah, claro, la 13 bis...

Jimena – Vale, lo he oído todo...

Lucía – ¿Y bien?

Jimena – De acuerdo: la cómplice soy yo.

Álex – No me diga... Además, el retrato robot es igualito a usted.

Lucía – Como el inspector se entere de que la hemos visto aquí, nos costará explicarle por qué no la reconocimos...

Jimena – Gracias por haber sido discretos...

Álex – Eso no quita que podamos meternos en un buen lío...

Lucía – ¿Y nosotros qué sacamos de todo esto?

Jimena – Está bien. Si me ayudan a recuperar el dinero, lo repartimos. Un millón para cada uno...

Lucía – ¿Entre los tres?

Álex – ¿Y qué hacemos con Kevin?

Jimena – En el estado en que está, total...

Lucía – Precisamente. No va a ser fácil que nos diga dónde ha escondido el botín.

Jimena – Tal vez con su familia se abra más...

Álex – ¿Y después?

Jimena – Si conseguimos que suelte prenda, siempre podremos desconectarlo luego. Mejor eso que dejarlo viviendo como un vegetal. Además, tres millones entre cuatro... Reconocerán que no es una división muy redonda...

Álex – Y así evitaría usted que la delatase a la policía, ¿no?

Jimena – Por lo que he entendido, ustedes no estaban muy unidos. Y se ahorrarán pagarle los gastos médicos durante años...

Lucía – Me gustaría estar completamente segura de que no nos oye...

Álex – ¿Crees que podría estar fingiendo?

Jimena – ¿Fingiendo un coma profundo? ¿Eso se puede hacer?

Lucía – Talento natural no le faltaba, ¿eh? ¿Te acuerdas cuando éramos pequeños? A veces dormía tan profundamente que, por la mañana, pensábamos que estaba en coma.

Los tres se acercan a la cama.

Jimena – A lo mejor ese cabrón quiere quedarse con todo el dinero...

Lucía – Kevin, ¿nos oyes?

Álex – Con el casco integral es bastante difícil.

Lucía – El médico dijo que, si se lo quitábamos, podía derramársele el cerebro por la almohada...

Jimena – Basta con levantar la visera.

Levanta la visera.

Álex – Kevin, soy yo, tu hermano Álex...

Jimena lo zarandea con cierta brusquedad.

Jimena – ¡Kevin! ¡Joder, habla de una vez! ¿Dónde demonios has metido la pasta?

Lucía – ¡Cuidado, lo va a matar!

Álex – Ha abierto la boca...

Jimena – Mierda, es verdad.

Lucía – Parece que quiere decirnos algo...

Álex – Igual es un reflejo...

Jimena – Miren, parece que... ¡Tiene algo en la boca!

Lucía – Ah, sí, es verdad...

Jimena mete la mano por la abertura del casco.

Jimena – ¡Escúpelo, maldita sea!

Álex – Pero con cuidado.

Jimena – ¡Será cabrón, me ha mordido!

Álex – Espero que no sea contagioso...

Lucía – ¿Y qué es?

Jimena saca de la boca de Kevin una llave y la muestra triunfalmente.

Jimena – ¡Hostia! ¡Una llave!

Lucía – ¿Una llave?

Jimena – Parece de una consigna... A lo mejor tuvo tiempo de esconder el maletín en una consigna de la estación...

Lucía – Y trató de tragarse la llave al ver que la policía iba a alcanzarlo.

Álex – Estaciones en Madrid no faltan precisamente...

Jimena – El policía ha dicho que el accidente fue cerca de Atocha.

Álex – Es increíble... Parece una película policiaca.

Lucía – O una obra de teatro...

Jimena – Yo no puedo ir. Me está buscando la policía y tiene mi retrato robot.

Álex – Muy logrado, por cierto.

Jimena – *(A Lucía)* Vaya usted.

Lucía – ¿Yo?

Jimena – Con esa pinta de pija estirada, pasará más desapercibida.

Lucía – Muchas gracias... ¿Y si me detienen?

Álex – Estamos hablando de tres millones de euros... Piensa en todas las obras que podrás pagar en negro en tu casa de Andalucía.

Lucía – ¿Y por qué no vamos los dos?

Jimena – Ah, claro, para que se larguen con el dinero. Ni hablar. *(Saca una pistola y los apunta)* Él se queda aquí.

Lucía – ¡Venga ya! No nos tome el pelo... El inspector ha dicho que era una pistola falsa.

Jimena – Está bien, pero no intenten hacerme ninguna jugarreta, ¿entendido?

Álex – Además, alguien tiene que quedarse al lado de Kevin. Si no, sería sospechoso.

Lucía – No sé yo... ¿No creen que sería mejor avisar a la policía?

Jimena – ¿Para que me metan en la cárcel?

Álex – Además, puede que la consigna esté vacía. Si encontramos algo, ya decidiremos qué hacemos.

Lucía – Si nos quedamos con dinero robado, eso se llama receptación...

Álex – Piensa en lo que podrías hacer con un millón de euros.

Lucía – Ya...

Álex – ¡Convertirías tu cortijo en ruinas en un palacio! ¡Con una piscina más grande que la del magnate de la televisión!

Lucía – Voy.

Lucía sale. Los otros dos intercambian una mirada incómoda. Suena el móvil de Álex, que responde. Jimena se acerca al paciente.

Álex – Sí... No, todavía estoy en el hospital... Es que... Digamos que todo se ha complicado un poco... Mira, no hay mal que por bien no venga: al final puede que sea incluso una buena noticia... ¿Kevin? Ah, no, sigue en coma... Ya te contaré... Ahora no puedo hablar... No, no me esperes para cenar... Vale, yo también.

Jimena – Desde que le hemos sacado la llave de la garganta parece que respira mejor, ¿no?

Álex – A lo mejor le hemos salvado la vida...

Jimena – Tampoco nos emocionemos.

Álex – Habría que avisar al médico, ¿no?

Jimena – ¿Para que la policía lo meta en la cárcel?

Justo entonces aparece brevemente la enfermera.

Alegría – ¿Todo bien?

Jimena – Digamos que... sigue estable.

Alegría – No duden en llamar si necesitan algo.

Vuelve a marcharse.

Álex – Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Jimena – De momento, esperar.

Cada uno se sienta en una silla y empieza a cabecear. Se supone que transcurre un rato mientras duermen. Un cambio de luz puede sugerir la elipsis. Vuelve a sonar el móvil de Álex. Se despierta sobresaltado. Jimena sigue durmiendo.

Álex – Ah, Lucía... ¿Ya has encontrado la consigna? ¡Un maletín! Joder... No, tienes razón, mejor no lo abras en el metro, está lleno de carteristas. Como el maletín esté lleno de billetes... ¿Jimena? No, está aquí dormida... Mira, no sé si... ¿Cómo quieres que me largue a la francesa sin decirle nada? Hemos hecho un trato con ella... Vale, robar a un ladrón no es robar, pero...

Jimena se despierta y oye el final de la conversación. Álex se da cuenta y cambia de tono.

Álex – Creo que será mejor que vengas aquí y lo veamos todos juntos, ¿de acuerdo? Vale, hasta ahora...

Guarda el móvil. Jimena lo mira con desconfianza.

Jimena – No estarán intentando jugármela, ¿verdad?

Álex – ¡Qué va! ¡Lucía tiene el maletín! Ya viene...

Vuelve Alegría.

Alegría – Qué estampa familiar tan entrañable... Kevin tiene mucha suerte de contar con unos familiares tan cariñosos que no lo abandonan... Por desgracia, no siempre es así...

Álex – Sí, yo... Pero, al fin y al cabo, solo se muere una vez, ¿no?

Alegría examina los aparatos que rodean al paciente.

Alegría – Por desgracia, no observo ningún cambio. El electroencefalograma sigue plano.

Álex – Bueno, tampoco estoy seguro de que antes del accidente su electroencefalograma tuviera mucho relieve... Es broma.

Alegría – Tiene razón. El humor ayuda a quitarle hierro a las cosas. Yo misma, en los casos más desesperados, a veces me disfrazo de payaso para animar el ambiente.

Jimena – ¿En serio...?

Alegría – Y, como les dice siempre el doctor Malagüero a sus pacientes de cuidados paliativos, en esta vida estamos de paso...

Álex – Hay que ver qué palabras tan reconfortantes encuentran en este hospital. Seguro que les levantan mucho la moral...

Alegría – Es nuestra profesión... Casi un sacerdocio... Ya saben dónde encontrarme si me necesitan...

Jimena – Gracias, ya la llamaremos...

Alegría está a punto de salir cuando vuelve Lucía con un maletín y se encuentra con ella de frente. Instante de tensión.

Alegría – Ah, ha ido a buscarle algunas cosas. Qué detalle. No estoy segura de que en su estado... En fin, los dejo en familia.

Alegría sale. Lucía deja el maletín sobre la cama, a los pies del paciente. Los tres lo contemplan fascinados.

Álex – Bueno, ¿has visto qué hay dentro?

Lucía – He preferido esperar a estar aquí para abrirlo. Es más prudente, ¿no?

Jimena – Ha hecho bien.

Lucía – Además, tiene una combinación...

Álex – ¿Una combinación? Ese idiota de Kevin... Tendría miedo de los ladrones...

Lucía – ¿Y ahora cómo lo abrimos?

Jimena – Tranquilos. Yo sé la combinación.

Jimena coge el maletín y marca la combinación.

Álex – ¿007? Qué imaginación...

Jimena abre el maletín. Sus rostros reflejan una enorme decepción. Lucía revisa el contenido.

Lucía – Un poco de ropa... Un bañador...

Álex – Y un método para aprender asturiano...

Jimena – ¡El muy cabrón intentaba traicionarme! Seguro que pensaba huir a Asturias con el dinero.

Lucía – ¿Desde Atocha?

Jimena – En cualquier caso, el dinero no está aquí...

Álex – (*A Lucía*) No estarás intentando engañarnos tú, ¿verdad?

Lucía – ¿Yo? ¡Pero si te he dicho que no sabía la combinación!

Jimena – Venga, mantengamos la calma... Es su hermana, al fin y al cabo... Y nosotros somos casi una familia...

Lucía se acerca al paciente.

Lucía – ¡Ha abierto los ojos!

Álex – No está todo perdido.

Lucía – Te refieres a la posibilidad de encontrar el dinero, ¿no?

Álex – También, sí...

Jimena – Quizá sea un reflejo...

Lucía – Kevin, ¿nos oyes?

Álex – ¡Ha parpadeado!

Lucía – A lo mejor quiere decir que sí...

Álex – Tienes razón. Así se habla con la gente en coma. Lo he visto en una película. Un parpadeo para sí y dos para no. O al revés, ya no me acuerdo...

Lucía – ¿Kevin? Escúchame bien e intenta responder sí o no: ¿te llamas Kevin?

Álex – Menuda pregunta más tonta...

Lucía – Es para comprobar que ha entendido el código.

Álex – ¿Ha parpadeado o no?

Jimena – Con el casco es difícil verlo. Podríamos intentar quitárselo...

Lucía – ¿Lo que quiere es rematarlo?

Jimena – ¡No, mujer!

Álex – Además, podría ser bastante pringoso...

Entra la enfermera. Jimena baja de golpe la visera del casco.

Alegría – Solo venía a avisarlos de que el inspector Sánchez está abajo. Subirá de un momento a otro...

Lucía – Muy bien, gracias por avisarnos, señorita Alegría...

La enfermera se marcha.

Álex – Será mejor que vaya a esconderse.

Jimena – Sí, me llevaré el maletín para que no lo vea.

Lucía – Mejor lo dejamos debajo de la cama.

Coge el maletín y lo desliza debajo de la cama. Jimena parece contrariada.

Lucía – Bueno, ¡vamos!

Jimena va a esconderse en el cuarto de baño.

Entra Sánchez. Puede llevar manchas rojas en la piel o estar cubierto de granitos.

Álex – Inspector Sánchez, ¿cómo se encuentra?

Sánchez – Bastante mal, la verdad... Sigo teniendo sofocos...

Lucía – Por favor, siéntese, inspector...

Sánchez – He vuelto para que me vea el doctor Malagüero... ¿No lo habrán visto por aquí?

Álex – Debe de andar cerca. Pregúntele a la señorita Alegría, parecen tener mucha confianza.

Lucía – ¿Y tú cómo sabes que tienen tanta confianza?

Álex – No sé... Intuición... Además, al llegar me he equivocado de puerta y me ha parecido ver al doctor Malagüero trajinándose a la señorita Alegría en la habitación 13 bis.

Lucía – Qué vergüenza... Menos mal que el paciente de esa habitación también está en coma...

Sánchez – ¿Y su hermano? ¿Ha habido algún cambio?

Lucía – La verdad es que no está evolucionando bien.

Álex – Creo que, si esto sigue así, tendremos que hacer que lo sacrifiquen...

Lucía – ¿Y su investigación? ¿Avanza?

Sánchez – No estamos precisamente ante Bonnie y Clyde. No les descubriré nada si les digo que su hermano tenía el cociente intelectual de una ostra. Cada vez parece más claro que fue la cómplice quien lo organizó todo. Ella era el cerebro de la banda.

Álex – ¿El cerebro? Sí, no me sorprende...

Lucía – El de Kevin, incluso antes del accidente...

Sánchez – La muy zorra lo mandó a dar la cara con la idea de recuperar el botín inmediatamente después. Por desgracia para ella... y para su hermano, las cosas se torcieron.

Álex – Ya veo...

Lucía – Desde luego, nunca ha tenido suerte.

Álex – ¿Alguna novedad más?

Sánchez – Al parecer, varios testigos vieron a Kevin dejar un maletín en una consigna de Atocha. Hemos registrado la zona, pero no hemos encontrado nada...

Lucía – Atocha... Ojalá la Virgen de Atocha le conceda un milagro...

Sánchez – ¿Perdón?

Lucía – ¡La Virgen de Atocha! ¡A ver si intercede y consigue resucitarlo!

Sánchez – Claro... Bueno, voy a ver si encuentro a ese médico de mal agüero... *(Se seca el sudor con un pañuelo)* Cada vez tengo más calor... Les avisaré si hay novedades...

Álex – Gracias, inspector... Y, sobre todo, cuídese...

Sánchez sale y entra la enfermera.

Alegría – No quisiera presionarlos, pero tienen que decidir qué hacer con su hermano... Acabamos de recibir una solicitud de hígado para un trasplante. Podría salvar una vida...

Lucía – De acuerdo... Le prometo que le daremos una respuesta afirmativa. Solo déjenos despedirnos de él en familia...

Alegría – Por supuesto...

Sale la enfermera. Jimena vuelve del cuarto de baño.

Lucía, fuera de sí, zarandea a Kevin para despertarlo.

Lucía – ¡Kevin, por el amor de Dios, despierta! ¿De verdad quieres acabar sin un pulmón?

Los otros dos la observan preocupados.

Álex – Ha dicho el hígado, ¿no?

Jimena – Bueno, los dejo en familia... Y será mejor que me marche antes de que vuelva ese policía...

Álex – A lo mejor se hace el muerto para no ir a la cárcel...

Lucía – ¡Y para quedarse con todo el botín!

Jimena – ¿Me permiten llevarme el maletín? Para ustedes no tiene importancia, pero para mí posee un valor sentimental...

Álex – ¿Un valor sentimental?

Jimena – Este maletín es... Es un regalo de Kevin...

Lucía – Desde el principio ha mostrado mucho interés por ese maletín.

Álex – Sí, incluso antes de que encontráramos la llave.

Lucía – Así que sabía que el dinero estaba dentro...

Jimena – ¡Pero ya han visto que el dinero no está!

Lucía – ¿Seguro que lo hemos mirado bien...?

Lucía intenta coger el maletín. Jimena se resiste. Las dos tiran de él en direcciones opuestas y el maletín se parte en dos. Álex se acerca.

Álex – Tiene un doble fondo...

Lucía – El dinero está ahí.

Álex – ¡Usted lo sabía y quería engañarnos!

Jimena – Vale, lo sabía... ¿Y qué? ¿Qué hacemos ahora?

Lucía – ¡Lo repartimos, como habíamos quedado!

Jimena – ¿Y por qué tendría que compartirlo con ustedes?

Álex – Por ejemplo, para evitar que la denunciemos a la policía y que salga de este hospital camino de veinte años en Alcalá-Meco.

Jimena – Bueno, vale...

Álex saca algunos billetes del maletín.

Álex – Tres millones de euros.

Lucía – Es como si me hubiera tocado la lotería...

Jimena – Les recuerdo que es dinero sucio.

Álex – Sucio, pero en billetes pequeños y usados.

Lucía – Perfecto para pagar en negro las obras de mi casa en Andalucía...

La enfermera regresa con una jeringuilla. Jimena se apresura a guardar el dinero en el maletín.

Alegría – Ya está, tengo preparada la inyección...

Álex – ¿La inyección?

Lucía – ¡Dios mío, Kevin! ¡Es nuestro hermano, después de todo...!

Alegría – (*Con aire inquietante*) No se preocupen. Nadie se ha quejado jamás de mis inyecciones...

Oscuro.

Jimena – ¿Qué pasa?

Alegría – Un apagón. No lo entiendo: el sistema de emergencia tendría que haberse activado inmediatamente... Voy a ver qué ocurre...

Álex – Sí, será lo mejor. Porque, a oscuras... No vaya usted a ponerle la inyección al paciente equivocado...

Sale la enfermera.

Lucía – Bueno, ahora sabremos si de verdad necesitaba todos esos aparatos para seguir con vida...

Álex – Yo no pienso quedarme aquí a oscuras con un muerto viviente. Me da un miedo que me muero.

Lucía – A mí también.

Jimena – Vámonos...

Salen. Se oye una melodía de espera que recuerda a «Las cuatro estaciones», de Vivaldi. Elipsis.

Vuelve la luz. Entran Álex, Lucía, Jimena y la enfermera.

Alegría – (*Aterrada*) ¡Dios mío! También ha fallado el circuito de emergencia. Eso no debería suceder nunca... Ya está solucionado, pero...

Álex – ¿Pero qué?

Alegría – Su hermano se mantenía con vida gracias a varios aparatos... que, naturalmente, funcionan todos con electricidad...

Lucía – ¿Y?

Alegría – Pues me temo que la cuestión de la eutanasia ya no se plantea.

Jimena – ¿Ha muerto?

Alegría – Tampoco se podía decir que antes estuviera muy vivo, pero ahora... Me temo que sí, que ha muerto del todo. Aunque voy a comprobarlo...

Se acerca al paciente y lo examina brevemente.

Alegría – Sí, se acabó... No ha sucedido exactamente como lo habíamos previsto, pero, después de todo, quizá sea lo mejor, ¿no? Los dejo. El médico vendrá enseguida...

Sale. Los demás se quedan desconcertados.

Lucía – Es terrible...

Álex – Era nuestro hermano, al fin y al cabo...

Jimena – (*Acercándose a la cama*) Creo que ya podemos quitarle el casco.

Álex – No sé si será prudente... Vamos a ponerlo todo perdido...

Lucía – Tampoco vamos a enterrarlo con un casco integral...

Jimena – Por lo menos le abriré la visera... Para que podamos despedirnos de él...

Abre la visera.

Álex – ¿Recordabas que tenía los ojos verdes?

Lucía – Sería el único de la familia...

Álex – Lo que también demostraría que quizá no fuera de la familia...

Jimena se acerca y mira a su vez.

Jimena – ¡No!

Álex – ¿Ahora qué pasa?

Jimena – ¡Este no es Kevin!

Lucía – ¿No es Kevin? Pero antes sí era Kevin.

Álex se acerca.

Álex – Pues ahora ya no es Kevin.

Lucía – Entonces, ¿quién es?

Jimena – Este tío se parece muchísimo al muerto viviente que vi antes en la habitación de al lado.

Álex – Ah, es verdad, yo también lo vi al llegar. ¡Es él!

Lucía – No habrá venido hasta aquí por su propio pie...

Jimena – ¿Y dónde está Kevin?

Álex mira debajo de la cama.

Álex – Kevin no es lo único que ha desaparecido...

Lucía – ¡El maletín! ¡Ha desaparecido!

Entra Sánchez.

Sánchez – El doctor Malagüero ha decidido dejarme en observación para hacerme unas pruebas... Tenían razón: en un hospital se sabe cuándo se entra...

Sánchez se encuentra cara a cara con Jimena.

Sánchez – Qué curioso... Se parece usted muchísimo a una persona cuyo retrato robot llevo en el bolsillo...

Jimena – ¿Así que ustedes me han delatado? ¿Y han escondido el dinero?

Lucía – ¡Qué va!

Álex – Le aseguro que no sabemos de qué está hablando.

Sánchez – (*Desconfiado*) Antes me dijeron que no la conocían.

Lucía – Es que no la conocemos de nada. La vemos por primera vez. ¿A que sí, Álex? Por cierto, ¿quién es?

Álex – Estamos muy afectados, inspector. Compréndalo.

Lucía – Y le agradezco que respete nuestro dolor.

Álex – Acaba de morir nuestro hermano.

Sánchez – Por lo menos él no irá a la cárcel. Pero a esta mujer me la llevo detenida. En cuanto a ustedes, ya hablaremos. Les pediré que se pasen por comisaría a declarar. De momento, mi más sentido pésame.

Lucía – Gracias, inspector.

Sánchez – (*A Jimena*) Y usted, como dicen en las series policiacas estadounidenses, tiene derecho a guardar silencio, pero todo lo que diga podrá utilizarse en su contra...

Sánchez esposa a Jimena y se marcha con ella.

Álex – No entiendo nada.

Lucía – ¿Qué habrá pasado?

Álex – ¿Tú crees que podría haber fingido estar en coma todo este tiempo?

Lucía – ¿Y habría aprovechado el apagón para poner en su lugar al sintecho de la habitación de al lado, hacernos creer que había muerto y librarse así de todos?

Álex – Eso explicaría por qué sus ojos tienen ahora otro color...

Lucía – Sobre todo explicaría por qué ha desaparecido el dinero...

Álex – Al final, puede que Kevin no fuera tan tonto...

Lucía – Sí, y eso es lo que me extraña...

Álex – Por cierto, ¿de qué color tenía los ojos?

Lucía no parece saberlo.

Lucía – Creo que era pelirrojo... Y no me imagino a un pelirrojo con ojos verdes...

Álex – ¿Kevin era pelirrojo?

Lucía – ¿No...?

Entra Alegría.

Alegría – Siento muchísimo lo ocurrido. Quiero pedirles disculpas en nombre del hospital y, por supuesto, darles el pésame.

Lucía – Gracias...

Alegría – Como de todos modos habíamos contemplado la posibilidad de ayudar a su hermano a morir, espero que no presenten una denuncia contra el hospital por este pequeño contratiempo... que, al fin y al cabo, les ha evitado tener que tomar una decisión muy dolorosa...

Álex – No se preocupe. Ya tenemos suficientes problemas...

Alegría – Consideremos que ha sido el destino... Por no decir la mano de Dios...

Álex – Tampoco exageremos. No habrá sido la mano de Dios la que ha cortado la electricidad del hospital, ¿no?

Alegría – Más bien la de algún sindicalista... Creo que ha habido una huelga salvaje en la compañía eléctrica...

Álex – A cambio de nuestra comprensión, señorita Alegría, reconocerá que no estaría mal un pequeño gesto comercial...

Alegría – ¿Un gesto comercial?

Álex – Con los gastos de hospitalización de nuestro querido difunto. Reconocerá que, si aplicamos el principio de «si no queda satisfecho, le devolvemos el dinero»...

Alegría – Naturalmente. Corre todo por cuenta de la casa, faltaría más.

Lucía – También querríamos pedirle, si es posible, que le eviten a nuestro hermano la autopsia. Ya ha sufrido bastante, ¿no?

Alegría – Por supuesto. Gracias por su comprensión y vuelvan cuando quieran. Esta es su casa.

Alegría sale, aliviada. Los hermanos miran la cama.

Lucía – Al menos para él, todo ha acabado bien.

Álex – ¡Pero si ese no es él!

Lucía – ¡Precisamente! ¡Eso significa que no ha muerto!

Álex – Tienes razón. Pero, como la policía lo cree muerto, lo dejarán tranquilo.

Lucía – Y con sus tres millones es poco probable que volvamos a verlo pronto.

Álex – Qué lástima. Casi empezaba a caerme bien...

Momento de desconcierto. Puede acompañarse la escena con una canción que evoque al hermano que nunca se tuvo, a modo de contrapunto irónico.

Lucía – Desde luego, qué bien nos ha tomado el pelo ese hermano que nunca tuvimos.

Álex – Pues sí... Como dijo aquel: «Solo cuando baja la marea se descubre quién estaba nadando desnudo».

Lucía – ¿José Luis Cuerda?

Álex – Warren Buffett.

Lucía – Otro filósofo moderno...

Álex – Un multimillonario estadounidense que hizo fortuna especulando en bolsa...
¿Acaso los reyes de las finanzas no son los filósofos del siglo XXI?

Lucía – Pero hacerle eso a sus hermanos... Hay que ser desagradecido...

Álex – Te lo digo yo: ese tío nunca tuvo sentido de la familia.

Empiezan a marcharse.

Álex – ¿Dónde está exactamente tu casa de Andalucía?

Lucía – En Villabobos de los Dos Castillos.

Álex – Qué curioso, no me suena de nada...

Salen.

Vuelven el médico y la enfermera. Ella empuja un carrito médico cubierto con una tela blanca.

Alegría – Ya está, se han ido.

Malagüero – Ya era hora... ¿Puedo ver al bebé?

Alegría retira la tela del carrito y deja a la vista el maletín lleno de billetes.

Malagüero – ¡Creo que ahora sí podremos abrir nuestra clínica privada, señorita Alegría!

Alegría – Creo que ya puede llamarme Josefina...

Malagüero la besa.

Malagüero – ¡Josefina, es usted mi ángel de la guarda! Así que sabía desde el principio que no estaba en coma...

Alegría – Llegué a un acuerdo con Kevin en cuanto ingresó. Nosotros confirmábamos el diagnóstico de coma para evitar que acabara en la cárcel. A cambio, nos repartíamos el botín entre los tres.

Malagüero – Lo del casco integral fue una idea genial. Hasta yo estuve a punto de creérmelo al principio...

Ríen.

Alegría – Pero ir a la estación era demasiado arriesgado. ¡Era mejor que nos trajeran el dinero a domicilio!

Malagüero – Poniéndoles la llave de la consigna delante de las narices...

Alegría – ¡O, mejor dicho, bien a la vista, encima de la lengua de Kevin!

Malagüero – ¿Y qué hacemos ahora con él? Quiero decir, con el verdadero Kevin, el que está en la habitación de al lado...

Alegría – Cuando se recupere y la policía se haya olvidado un poco de él, siempre podemos darle trabajo de jardinero en nuestra nueva clínica de cirugía estética de La Moraleja.

Malagüero – Después de operarle la cara gratis, por supuesto...

Alegría – ¡Será nuestro primer paciente! Así podrá usted ir practicando...

Malagüero – Tiene razón. Después de todo, le prometimos que sería socio minoritario...

Ríen.

Malagüero – ¡Y lo de simular el apagón! De verdad, debería haber escrito novelas policiacas...

Alegría – ¡O una obra de teatro!

Malagüero – Se lo decía antes: vamos a hacer grandes cosas juntos, señorita Alegría.

Alegría – Josefina, por favor...

Se besan. Oscuro.

Malagüero – Pero ahora ya no hace falta seguir jugando con los apagones, ¿no? ¿No cree que se está pasando un poco?

Alegría – Me temo que esta vez, doctor Malagüero, el apagón es de verdad.

Malagüero – Y el pobre Kevin seguía conectado a un respirador...

Alegría – Sí... Como no vuelva pronto la luz... Creo que al final no tendremos que compartir con él...

Malagüero – En ese caso, solo nos queda esperar...

Se besan de nuevo. Suenan «Las cuatro estaciones», de Vivaldi.

Salen.

Luz.

Para un final feliz, puede verse aparecer a Kevin con su casco integral (interpretado, por ejemplo, por el actor que ha hecho de Álex), salir del cuarto de baño, cruzar la habitación y huir por el pasillo.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13 o Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (*SACD*).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (*sketches*)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París - Febrero de 2014
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-045-1

<https://comediatheque.net/>